

Jean-Claude Villegas. *Paris, capitale littéraire de l'Amérique latine*. Dijon, Éditions Universitaires de Dijon, 2007, 238 págs.

Constatar la originalidad y la vitalidad con las que América Latina ha forjado su ámbito literario no parece tarea novedosa tras la evidencia de éxitos editoriales de carácter mundial, el renombre y prestigio adquiridos por ciertos autores o el interés que su producción ha sido capaz de despertar más allá de la fronteras del subcontinente. Sin embargo, reflexionar sobre el proceso de internacionalización experimentado por la literatura latinoamericana contemporánea sigue siendo una labor necesaria dado que permite profundizar en la especificidad que la caracteriza al quedar inserta en un contexto todavía más amplio que contribuye a cristalizarla. Tal reflexión supone adentrarse en las relaciones que la creación literaria del otro lado del Atlántico ha mantenido con Europa y más precisamente con la ciudad de París, percibida como referente geográfico y cultural en la construcción de la historia de la literatura universal. Explicar los mecanismos que han regido estas relaciones a lo largo del siglo XX y valorar el papel que la capital francesa ha podido desempeñar en el despuntar y afianzamiento de la literatura latinoamericana es el objetivo del libro *Paris, capitale littéraire de l'Amérique latine* de Jean-Claude Villegas, catedrático de literatura hispanoamericana contemporánea de la universidad de Borgoña.

El autor opta por un método que se inscribe en la línea de estudio de la sociología de la literatura en detrimento del análisis de los discursos literarios por lo que su trabajo se aleja del plano propiamente literario para entroncar con la noción de civilización tan arraigada en el ámbito académico francés. Pese a que el título difícilmente consigue escapar de toda sospecha de eurocentrismo, la elección del autor implica sobrepasar el acto creativo que representa la obra para abarcar el conjunto de los actores que intervienen en dicho acto con el fin de adentrarse en los vínculos que se establecen entre autor y lector, y en los que editor y crítica ocupan una posición privilegiada. Pero además se pone de relieve el peso de la geopolítica en toda producción literaria y como consecuencia la necesidad de inscribir el estudio de la cultura en el marco de las relaciones de poder generadoras de lazos de sumisión o de dominación. Por ello, y desde las primeras páginas, es perceptible ese tira y afloja que se establece entre la singularidad literaria propia de los particularismos nacionales y un innegable anhelo de universalismo, tensión que ha marcado la expresión narrativa latinoamericana y que ha servido de piedra de toque para los investigadores que han desarrollado el viejo paradigma de la influencia. En esta línea resulta evidente la necesidad de incorporar la función desempeñada por la ciudad de París convertida en vivero cultural o lugar geográfico de paso o de estancia de escritores procedentes del continente americano. Sin embargo, el estudio supone un intento de superación de esta percepción unívoca de las relaciones culturales al considerar las modalidades de recepción de modelos, por lo que la capital francesa es valorada como una llave maestra del proceso que incluye la creación, difusión, comercialización, lectura y reconocimiento de una obra literaria, cuyos mecanismos resultan tan complejos como determinantes a la hora de comprender la dimensión internacional que con el tiempo ha adquirido la literatura latinoamericana.

El estudio presenta tres partes que recorren las múltiples experiencias de escritores en el camino hacia la producción literaria y las diversas técnicas de reapropiación llevadas a cabo desde las instancias culturales parisinas. Este itinerario se hace testigo del movimiento

oscilatorio existente entre internacionalización y aislamiento, dos constantes de la literatura latinoamericana.

En la primera parte se explican las razones de ser del desplazamiento que pautó el naciente universo literario latinoamericano fraguado a mediados del siglo XIX y que situó la capital francesa en punto de destino inevitable tanto para la impresión, publicación y difusión de una obra como para la obtención del reconocimiento de su autor. El recurso de París como cita obligada es el reflejo de una continua deslocalización ya presente desde la independencia política pero que, más allá de ésta, siguió imponiéndose a lo largo del siglo XX. Según la investigación de Jean-Claude Villegas, si el tránsito de una literatura postcolonial a un conjunto de literaturas nacionales estuvo marcado por la búsqueda permanente de una identidad, el deseo de construcción de un bagaje cultural propio a cada uno de estos países recién creados encerró una toma de posición ante el reiterado dilema entre civilización y barbarie, presente en países cuya historia había permanecido atrapada por relaciones seculares de sumisión y dependencia. Y es precisamente en ese doble desafío de construcción literaria y política donde se inscribiría el deseo de los escritores latinoamericanos de conocer otros modelos literarios, sea para imitarlos o para sobrepasarlos, y al mismo tiempo de dirigir la mirada a referentes de la ciudadanía consolidados por una tradición histórica. En esta óptica París despuntaría por el prestigio y dinamismo de su universo cultural pero también por su capacidad de exponer un modelo político que hunde sus raíces en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Quedan así expuestas las bases sobre las que asentar una interpretación que entronca con el paradigma de la influencia pero que, al extender el interés a la dinámica de la recepción, intenta superarlo. La finalidad es comprender la atracción que despierta la capital francesa y su capacidad de convertirse en eslabón esencial de la fabricación de la literatura latinoamericana.

De ahí que la aportación más novedosa de esta parte titulada «Le dénuement littéraire» se encuentre en el estudio que el autor realiza de los lazos que los escritores latinoamericanos establecen con París no solamente en tanto que elección individual restringida al ámbito creativo, sino inmersa en los imperativos que rigen el panorama literario pautados por la propia evolución del mercado del libro. El autor se adentra entonces en las interacciones entre Europa y América optando por un análisis cronológico que permite mostrar las luces y sombras que caracterizan cada período y su incidencia en la edificación del ámbito literario latinoamericano. Se analiza una primera mitad del siglo XX en la que la dependencia de los centros europeos hegemónicos queda puesta de manifiesto debido, en un primer momento, al prestigio de la edición parisina desde finales del siglo XIX hasta el brusco corte que supone el conflicto bélico de 1914; y después al esplendor del período de entreguerras caracterizado por un gran dinamismo cultural no exento de partidismos ideológicos en el que las revistas y publicaciones periódicas anteceden al libro como expresión de las vanguardias y hacen de la capital francesa un espacio de descubrimiento de autores extranjeros, caldo de cultivo de críticas y polémicas. Por su parte y como contrapunto, se hace un repaso de las deficiencias propias del mercado latinoamericano que explican esta atracción ejercida por París: la aparición tardía de una industria del libro autónoma; el desequilibrio entre una producción nacional y una producción importada a pesar del desarrollo editorial de los años 20 y 30, fruto del aumento de intercambios comerciales; las dificultades que encuentra el escritor en el laborioso camino hacia la profesionalización, lo que le obliga a practicar otro tipo de actividades que van de la política al periodismo pasando por la traducción, la enseñanza o

la función pública, y que contribuirán a acercarle o alejarle de la literatura según los casos. Este desequilibrio va a permanecer a partir de los años cincuenta pero esta vez en favor de la literatura latinoamericana que consigue crear y preservar un espacio propio en el proceso de internacionalización que experimenta el mercado del libro. Mientras la escritura latinoamericana asiste entonces a una liberación de modelos e influencias para imponerse como original y universal, por parte de los editores franceses, y ante la crisis que atraviesa le *roman français*, se gesta un interés creciente por la tendencia indigenista o exótica, que quedará plasmado en la multiplicación de nuevas colecciones. Además de las editoriales ya asentadas en el mercado como Gallimard o Grasset, nuevos editores consiguen transformar el paisaje francés: Robet Laffont, Pierre Seghers, René Julliard, Les Presses de la Cité ou Les Editions du Seuil. Las décadas de los sesenta y setenta hacen de nuevo indisociable el tándem literatura/política al impregnar las letras latinoamericanas del ímpetu de la causa revolucionaria cristalizada en la experiencia cubana y al provocar una llamada a la acogida y a la solidaridad francesas ante la diáspora propiciada por el establecimiento de dictaduras militares en los países del cono sur. Por último, los años ochenta son testigos de un nuevo empuje esta vez secundado por editoriales de reciente creación como Actes Sud, Éditions de l'Aube, Le Serpent à Plumes que muestran su interés por la expresión literaria latinoamericana al mismo tiempo que intentan hacer frente a la concentración de la industria editorial francesa que caracteriza el fin de siglo.

La segunda parte está dedicada a las denominadas «estrategias en busca de reconocimiento» puestas en práctica por el escritor y en las que el universo literario de la capital francesa queda incorporado con el fin de resolver el manido dilema de las letras latinoamericanas entre civilización y barbarie. Las opciones, individuales o colectivas, son múltiples y varían a lo largo del siglo. Villegas hace un recorrido por cada una de ellas y valora el papel desempeñado por las relaciones mantenidas con París en la culminación y reconocimiento internacional de la obra literaria. La primera experiencia es la protagonizada por los modernistas que, desde una estrategia de huida, apuestan por la civilización a través de la adopción del modelo francés como paso hacia el cosmopolitismo y la universalidad. La estancia parisina se inscribe aquí en la tradición del viaje a Europa que se forjó en el siglo XIX, y que permitió al modernismo redescubrir el propio continente y propiciar el alejamiento necesario para reivindicar el retorno a valores autóctonos, movimiento que fue capaz a su vez de generar una lengua literaria nueva, el español de Américas. En el período de entreguerras, con la intención de paliar la deficiencia que supone la imposibilidad del artista de afirmarse como tal en su propio continente, autores como Alejo Carpentier o Miguel Angel Asturias adoptan otro tipo de estrategia, esta vez marcada por el éxito, la de la superación de la visión europea dominante y del localismo reductor para elaborar otra realidad. Se trata de una mirada nueva sobre el continente, nutrida por una toma de conciencia propia. La cultura europea y más precisamente la francesa ya no es considerada como un modelo a imitar sino como un instrumento favorable para la creación. Como consecuencia de esta nueva percepción, se configura un nuevo lenguaje que va más allá de las prácticas literarias americanas y parisinas para expresar la confrontación y fusión de dos mundos hasta ahora antagónicos. Esa «troisième moitié» denominada por la crítica como realismo mágico, real maravilloso o barroco criollo abre a la literatura latinoamericana las puertas para llevar a cabo la conquista de París e iniciar el camino hacia el reconocimiento internacional. No obstante, una nueva estrategia se desarrolla a partir de los años sesenta para propiciar otro tipo de mestizaje, esta

vez a partir de la propia negación de la tradición hispanoamericana. Los protagonistas del traído y llevado *boom* reivindican una apertura al mundo anglosajón y a otros universos extranjeros que se inscribe en una nueva aspiración a un cierto cosmopolitismo. El resultado es una novedosa exploración del lenguaje y de las técnicas narrativas que producen una escritura inserta en una dialéctica entre modernidad y tradición. Coetáneamente la elección de la marginalidad se convierte en la estrategia desarrollada por autores como Borges, José Lezama Lima o Severo Sarduy, que mantienen al mismo tiempo una distancia o una cierta resistencia a la atracción que ejerce la capital francesa, y una demarcación de su propio territorio literario nacional. Permanecer en el exterior se convierte así en premisa para construir una obra ateritorial y seguir reivindicando la universalidad. La evolución de estas estrategias lleva a Jean-Claude Villegas a interpretar las corrientes más recientes que proponen un retorno a la naturaleza y a un nuevo telurismo como otra forma de retorno a la barbarie. El abandono del realismo mágico que caracteriza la novela del *postboom* y la apuesta por un realismo crudo alejan el universo literario latinoamericano de los referentes de la civilización para enraizarlo conscientemente en valores más autóctonos.

La presentación de este panorama de estrategias permite modelar una imagen poliédrica de la capital francesa, construida a medida que los escritores interiorizan la experiencia de la estancia y se dejan impregnar, se funden o se rebelan contra el paisaje literario francés. La historia del siglo XX nos ofrece así un París múltiple en el que se superponen diferentes mitos: el modernista de Rubén Darío, construido sobre la sensualidad y la elegancia, si bien será más tarde destruido por Manuel Scorza y recuperado de nuevo por Severo Sarduy; el mito del cineasta Hemingway que convierte la ciudad en fiesta y que será posteriormente rechazado por Alfredo Bryce Echenique; el de los ideales revolucionarios capaz de seducir a tantos intelectuales y artistas como Cortázar o Vargas Llosa; y finalmente, el del éxito y reconocimiento internacional obtenidos gracias al rigor y la disciplina, cualidades que han marcado las brillantes carreras de García Márquez o de Vargas Llosa. Una única ciudad que encierra numerosas percepciones y que alimenta una diversidad de modalidades de modelo. Cada una de las estrategias presenta además una serie de particularidades y de matices que hacen del recorrido de los principales escritores latinoamericanos contemporáneos experiencias originales e intransferibles. De ahí la importancia de los contraejemplos representados por autores como Arturo Usler Pietri o César Vallejo que ilustran una vez más el carácter plural y complejo de las estrategias, y que obligan a introducir en esa búsqueda del reconocimiento el factor de lo imprevisible así como los límites de una ciudad también portadora de sombras, susceptible de caer en la instrumentalización ideológica o incluso en el provincianismo.

Pero además esta segunda parte abre una reflexión sobre la lengua entendida, por un lado, como medio de sobrepasar el aislamiento y de acceder a la universalidad, y por otro, como expresión de la influencia literaria ejercida por Francia sobre la América hispánica en detrimento de España. La introducción de americanismos que exigen apéndices explicativos o traducciones parciales al castellano indica la autonomía literaria americana en los ámbitos formal y temático, mientras que el recurso a la lengua francesa y los casos de bilingüismo dejan traslucir el conflicto francoespañol por la hegemonía cultural y la apropiación de un universo literario emergente. El lector agradece la alusión a las polémicas entre Miguel de Unamuno y Remy de Gourmont, o entre Pablo Neruda con Huidobro, Juan Ramón Jiménez y

Ricardo Paseyro, en la medida en que reflejan la existencia de transferencias, útiles para sobrepasar la concepción bilateral de los intercambios culturales.

Por último, la tercera parte valora las instancias que contribuyen a hacer de París una ciudad detentora de un poder literario y, en consecuencia, capaz de centralizar la expresión cultural, de gestar el reconocimiento, de catapultar a un escritor o de proclamar el valor universal de su obra. Bajo el título «S'appropriier et dire la valeur littéraire», encontramos la importancia de todos aquellos intermediarios que intervienen en el proceso que separa al autor del lector. Directores de colecciones como Roger Caillois, editores como François Maspéro, traductores como Mathilde Pomès, críticos como Jean Cassou o investigadores universitarios como Claude Couffon, integran una lista más extensa de personalidades cuya labor resulta indispensable para comprender la introducción, recepción y presencia del mundo de las letras latinoamericanas en Francia. Junto a estos nombres, se destaca por un lado, la importancia de instituciones como la Maison de l'Amérique latine o el Centre National du Livre, entre otras, polos indiscutibles de difusión de la cultura latinoamericana; por otro, el papel desempeñado por publicaciones como *Mercur de France*, *Revue de l'Amérique latine*, *Nouvelle Revue Française* o *Europe*, indispensables en la tarea de descubrir y dar a conocer al público las novedades y valores procedentes del otro lado del Atlántico. Quizás merece una especial atención el apartado titulado «Traduire» en el que Villegas supera la exposición descriptiva para adentrarse en el análisis de las estrategias editoriales e insistir en las dificultades que encierra todo acto de traducción. A través de la puesta en práctica de los mecanismos de apropiación, adaptación e incluso alteración, queda una vez más expresada la voluntad manifiesta de las instancias parisinas de descubrir e integrar una literatura extranjera al patrimonio francés.

En definitiva, la historia cultural que aporta Jean-Claude Villegas contribuye a un mejor conocimiento de las relaciones entre Europa y América Latina a través del análisis de las estrategias que entraron en juego en el proceso de internacionalización que experimentó la literatura a lo largo del siglo XX. Al valorar los esfuerzos o facilidades de París para fabricar y preservar un patrimonio literario internacional, el lector reconoce una mirada que sigue proyectándose desde la óptica de la influencia, si bien queda puesta de manifiesto la complejidad de las dinámicas de intercambio y de los procesos de difusión, raramente lineales. La lectura de esta obra supone una reflexión sobre la búsqueda de modelos en sociedades marcadas por siglos de dominación, pero al mismo tiempo debe plantear la necesidad de invertir los términos tradicionales de intercambio cultural e incitar a considerar el postulado de una América latina suficientemente capaz de haber producido y producir sus propios modelos.

ARÁNZAZU SARRÍA BUIL
UNIVERSITÉ DE BOURGOGNE